

Sobre lectura y escritura en Chile

por Grínor Rojo
(Universidad de Chile)

RESUMEN

Los estudios de los últimos años realizados en Chile sobre lectura, competencia de lectura y lectura de noticias sobre política, revelan valores negativos que rondan el 50%. Estos datos, a los que se suman los cuarenta millones de analfabetos en América Latina, están en la base del rechazo en este artículo de la afirmación de la muerte del libro y de la frívola fe en el reemplazo del libro por el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (llenar de computadoras las escuelas), insistiendo en cambio en atender seriamente a los lazos entre razón, libro y lectura en el desarrollo individual y de la sociedad.

Palabras clave: libro y lectura en Chile - analfabetismo funcional - políticas públicas - muerte del libro - proceso psicológico de la lectura

ABSTRACT

In recent years, research conducted in Chile on reading, reading proficiency and reading news on politics shows that negative values around 50%. These data add to the forty million illiterates in Latin America, so this article rejects the death of the book and the frivolous faith in the replacement of the book by the use of information technology and communication (schools full of computers) Instead, he insists on paying serious attention to the links between reason, book, and reading in the development of the individual and society.

Key words: reading and reading proficiency - functional illiteracy - public policy - death of the book - psychological process of reading

No me voy a ahorrar las estadísticas en esta ocasión, porque aunque haya gente que dice que faltan datos empíricos, lo cierto es que ellos están ahí, a disposición de todo aquel que quiera consultarlos. En Chile, de acuerdo al último estudio (el tercero) sobre “Hábitos de lectura, tenencia y compra de libros”, realizado por la Fundación La Fuente, con la colaboración de ADIMARK GFK, en 2010 y dado a conocer en 2011, hay un 45,7% de personas que, si hemos de dar crédito a lo que ellas mismas le confiesan al encuestador, no leen “nunca” y un 7,1% que no lee “casi nunca”, lo que suma un 52,8% de “no lectores”. Más grave aún es que, según un estudio anterior de esa misma Fundación, el 24% de los chilenos mayores de cincuenta años y que fueron a la escuela, son hoy analfabetos funcionales, es decir que esas son personas que aprendieron a leer y escribir, pero o no aprendieron bien o se les olvidó y hoy no pueden seguir instrucciones escritas porque no entienden lo que leen. Todo ello en tanto que de acuerdo con las cifras de otra encuesta, ésta del Grupo Educacional 2020, el 40% de los muchachos y muchachas que egresan de la enseñanza básica está en similares condiciones. A nivel de la enseñanza superior, el promedio que en lenguaje obtuvieron los alumnos provenientes de los colegios públicos-municipales en la última Prueba de Selección Universitaria (PSU 2012) fue de 470 puntos, cuando el máximo es de 850 y el mínimo exigido por la universidades del Consejo de Rectores para concederles admisión a sus postulantes es de 500 (los postulantes que provenían de colegios particulares subvencionados y de colegios particulares de élite promediaron 500 y 606 puntos respectivamente). Agréguese a eso la respuesta dada a una pregunta de la Encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP), un organismo ligado a la derecha liberal, de agosto de este mismo año (2012), respecto a “lectura de noticias sobre política”: el 49% de los interrogados manifestó no leerlas, el 38% hacerlo algunas veces y sólo el 13% frecuentemente.

Cierto, en la última medición del Sistema de Medición de la Calidad de la Educación (SIMCE), cuyos resultados se supieron hace tres o cuatro meses, se registró un mejoramiento de

las cifras de lectura, de nueve puntos en los cuartos básicos, y no puedo menos que celebrarlo. Pero no nos engañemos, la tendencia que la mayor cantidad de datos disponibles comprueba es la opuesta y la conclusión que de ello podemos desprender es clara. Los chilenos o no están leyendo, o están leyendo mal, o si alguna vez leyeron a estas alturas se les olvidó.¹ En la pugna entre la letra y la imagen mediática, esta última es la que está ganando la partida. Los niños “no leen”, es lo que se escucha a menudo y ya sabemos por qué, porque los niños están sentados frente al televisor o peleando guerras electrónicas en el computador.

Y, claro está, Chile invierte en educación algo más del siete y medio por ciento de su PIB, pero más del 40% de ese siete y medio por ciento proviene de y va a dar al mundo privado. Esto quiere decir que el gasto estatal en educación, que es el que favorece a la educación pública y por ende a los grupos de personas con menores ingresos, no alcanza al 4%. Si además se tiene en cuenta que aun ese gasto estatal se distribuye entre el sector propiamente público, que se lleva lo menos, y el privado, que se lleva lo más, la verdad presupuestaria chilena en este aspecto resulta harto menos estimable de lo que a primera vista podría parecer.

La pregunta de cajón es, por supuesto, la que interroga por la importancia que esto tiene. Y dependiendo de la respuesta que se le dé a esa pregunta, qué es lo que se puede hacer a su respecto. Si el tema no tiene importancia, nada. Si la tiene, se abre, creo yo, un abanico de opciones.

Porque en efecto hay gente para la cual el que no se lea no tiene ninguna importancia, o porque son unos conservadores sin remedio, de los que piensan que leer les hace mal a sus subordinados, convirtiéndolos en criaturas levantiscas (ésta es la razón que hizo que en Chile se aprobara la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria recién en 1920, treinta y seis años después de la aprobación de una ley semejante en la Argentina) o porque pertenecen al gremio de los beatos postmodernos, de los que creen a pies juntilla en la “muerte del libro”, la que para ellos constituye un suceso explicable enteramente, el de la decadencia, agonía y eclipse definitivo de un instrumento cuya fortaleza histórica habría llegado a su término. Se argumenta en tales casos que el libro es uno de los pilares de la modernidad y que en una época postmoderna ha sido o está siendo arrastrado por la crisis de su fundamento. Es el fin de la “era gutenberguiana”, se dice. En América Latina, donde, como escribí en otra parte, los que todavía no han tenido noticia del invento de Gutenberg suman más de cuarenta millones, abundan aquellos que nos aconsejan saltarnos la etapa. Así, simplemente. Declaran que, en vez de enseñarles a los niños latinoamericanos a leer en los libros, lo que los gobiernos de nuestros países debieran hacer es adiestrarlos en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Todos en Chile recordamos la visita que hizo el presidente Ricardo Lagos a Silicon Valley a fines del año 2000 y sobre cómo, debido al entusiasmo que ello le provocó, se repletaron nuestras escuelas de computadores. Considerando la (planificada) obsolescencia de estos artefactos, me pregunto qué habrá sido de las docenas o de los cientos de ellos que los burócratas educacionales chilenos diseminaron entonces desde Arica a Magallanes.

Por supuesto que yo considero que las políticas públicas como ésa son una tontería o una frivolidad o, mejor dicho, considero que son una tontería frívola e incluso en aquellos casos en que no se habla de la muerte del libro sino de su “descenramiento”, como derridianamente lo hace Jesús Martín Barbero (menos elegante pero más ajustado me parecería a mí describir el

¹ Si los indicadores de lectura de los jóvenes chilenos no son para regocijarse, los de escritura lo son menos todavía. No cuesta mucho comprobar que esos jóvenes no saben escribir, y si no lo saben es porque eso, escribir, además de ser una técnica –y no una consecuencia del descenso sobre algunas cabezas escogidas del rayo de la inspiración, como creían nuestros románticos abuelos–, es una técnica que, como todas las demás, se aprende. Quiero decir con esto que a escribir uno aprende escribiendo y solamente en la medida en que existan maestros básicos y secundarios que puedan hacer que sus estudiantes escriban habitualmente y que además estén en condiciones de corregir lo que ellos escriben con el conocimiento, la detención y la prolijidad con que ello tiene que hacerse, se habrá satisfecho el propósito de adiestrar a los jóvenes en esta práctica como corresponde. Pero, por supuesto, eso no es algo que pueda exigírseles a unos maestros que enseñan cincuenta, sesenta y hasta setenta horas de clase a la semana y en decenas de cursos de cuarenta, cincuenta o más estudiantes.

fenómeno como una mengua de su centralidad, lo que es cierto). Sin desconocer la larga y noble historia que comienza con las tabletas de arcilla de la Mesopotamia y se continúa en los papiros egipcios y en los pergaminos medievales, concuerdo en que el libro, tal como se lo conoce y se lo utiliza desde el siglo XV, es decir en la forma de un códice que libera discontinuamente una continuidad sémica que el lector tiene que ir recomponiendo en su cabeza, es una de las máximas creaciones de la cultura occidental moderna, pero también estimo que la cultura occidental moderna no es el zapato viejo que dice Barbero ni que los servicios que el libro nos presta sean residuos desechables.

Y no son residuos desechables porque el libro, porque la lectura de libros, por su misma naturaleza, pone en actividad dimensiones de lo humano que son esenciales, que si se las deja de lado eso acarrea consigo un recorte en lo más profundo de aquello que nos hace ser lo que somos. Los psicolingüistas nos informan, y han podido comprobarlo incluso empíricamente, que leer es un proceso de una riqueza enorme, que les reporta beneficios importantísimos a todos quienes lo llevan a cabo. No se trata simplemente de descodificar unas grafías, para así recuperar la oralidad, el supuesto estado puro (como aseguraba Saussure) del lenguaje. La cosa es harto más compleja e incluye fases diversas: de descodificación, de comprensión, de interpretación, de cotejo entre lo que se lee y lo que se guarda en el almacén de la memoria, de inferencias, de hipótesis y de especulación creadora. Todo eso está operando en los momentos en que leemos un libro. Una demostración excelente de esta complejidad se produce cuando nos ponemos a leer una novela, lo que como es sabido nos obliga a seguirle la pista al “personaje”. Ese personaje, que empieza siendo un signo vacío (o un grafema vacío: a menudo, sólo un nombre), se irá llenando durante el curso de nuestra lectura en la medida en que lo veamos (o lo leamos) actuar y en que podamos cotejar sus actuaciones con las de sus semejantes dentro y fuera del relato. Hay, pues, una relación de uno a uno entre las operaciones de nuestra razón generadora de significado y el libro. Lo que podemos hacer con el libro es un espejo de lo que podemos hacer con nuestra razón, y eso es válido incluso para los libros malos, porque no es algo que dependa de los contenidos sino del cómo esos contenidos se articulan y se expresan, de un lado, y se reciben, del otro. Razón, libro y lectura constituyen así una tríada indisociable, que ha probado ser ventajosa para nuestra salud personal y societaria y a la que es preciso defender a como dé lugar. No era por deporte que los nazis quemaban libros. Y es que no es la razón la que crea a los monstruos, sino su sueño, como lo dijo y lo pintó el maestro Goya. Esos monstruos se deben combatir y la razón ha producido las armas con las cuales podemos combatirlos. El libro y la lectura son las mejores entre esas armas.

Para decirlo ahora de una manera distinta y quizás algo más precisa: la razón moderna es la que acentúa y lleva hasta el extremo de sus virtualidades (el mejor y el peor) algo que los griegos habían descubierto dos mil años antes. Me refiero a la lógica de la consecuencialidad, la que trabaja produciendo inferencias conceptuales. Es una lógica laboriosa y demorada, que funciona en línea recta y cuyo premio consiste en el reconocimiento por parte de quien la hace suya de relaciones inteligentes de carácter cognitivo entre conjuntos simbólicos diversos. Con ella construimos proposiciones y argumentos, y con esas proposiciones y con esos argumentos nos aproximamos a la verdad de lo que somos y del mundo en que vivimos. Y no sólo el vehículo, sino el espejo de esa lógica de la consecuencialidad es el libro o, más bien, lo que hacemos con él. Leemos en el libro los conjuntos simbólicos de marras, los ponemos en relación con otros similares y de esa relación emergen nuevas posibilidades de ser y de hacer. Parafraseando a Sor Juana, leer es “ser más en el ser”. Es ser más y, agregó yo, es ser mejor.

Pues bien, toda la arremetida contemporánea postmoderna contra la razón moderna y por cierto, hecha con las armas de la razón moderna, por lo tanto invalidándose a sí misma con el mero acto de su formulación, incide en un desprestigio correlativo del libro y la lectura. Mi ejemplo favorito es el de uno de los proyectos de Mejoramiento de la Educación Superior (MECESUP) que hace algunos años ganamos en mi lugar de trabajo, el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, y que incluía en su presupuesto un renglón para la compra de libros. Los funcionarios del Ministerio de Educación de la época nos pidieron que lo elimináramos y que lo reemplazáramos con un renglón que nos procurase ese mismo dinero pero para contratar sitios de internet. Nos les hicimos caso, y menos mal que no

insistieron.

Pero es un buen ejemplo del estado de la cuestión entre nosotros. En una América Latina que tiene una población total de un poco más de quinientos millones de personas y donde hay bastante más que cuarenta millones de analfabetos, la superficialidad burocrática nos sugiere la conveniencia de que nos saltemos esa etapa y de que entremos de lleno en la que sigue: la de las tecnologías de la información y la comunicación. Que los muchachos aprendan a leer en los computadores cuando todavía no saben leer en los libros, eso es lo que esos burócratas quieren. Pero, ¿da lo mismo y hasta es mejor una cosa que la otra, como ellos presumen? Si decimos que sí, estaremos dando por buena la tesis que afirma que sólo se trata de un “cambio de soporte”. El libro no habría desaparecido, seguiría estando disponible para nosotros, sólo que con un traje nuevo. Cuando el problema se agrava es cuando decimos que no. Porque decir que no equivale a decir que no da lo mismo Juana que Chana, que la diferencia no reside únicamente en el soporte. El hipertexto no es, en definitiva, para los que piensan de esta otra manera, una versión mejorada del texto, sino la introducción de una forma distinta de leer y, por consiguiente, de una forma distinta de pensar.

Se entiende, espero, que cuando hago esta contraposición no estoy pensando en la digitalización de unas obras que de ese modo se ponen al alcance de muchos y de lo que ojalá hubiera más (más ediciones Ayacucho disponibles en la red, por ejemplo), ni en tecnologías tales como la de los libros electrónicos, que efectivamente no involucran sino un cambio de soporte *y a lo mejor para bien*. Hablo de la textualidad del libro y la textualidad del hipertexto y de la diferencia entre la lectura de una y la lectura de la otra.

Y de estar en lo cierto la posición que afirma que se trata de actividades diferentes, ¿en qué consiste la diferencia? Básicamente, en dos elementos, pienso yo: en el reemplazo de la lectura lineal por la lectura espacial y en el de la lectura basada en la consecutividad y la consecuencialidad (el acceder a los significados unos detrás de los otros y teniendo en cuenta la dependencia lógica de los posteriores respecto de los anteriores, como lo expliqué arriba y como me lo enseñó el profesor César Bunster hace ya más años de los que quiero recordar) por una lectura basada en la yuxtaposición. Agréguese a eso el reemplazo frecuente de la letra por la imagen y el del regodeo demoroso y cauteloso por la iluminación instantánea.

Personalmente, confieso que no estoy para nada convencido de que las novedades de la lectura hipertextual obsoleticen a la lectura textual. En rigor: no estoy para nada convencido de que la espacialización de la información incluya y supere a su exposición lineal y que la simultaneidad receptiva sea preferible a la recepción de tiempo largo, la que analiza y pondera con prudencia y sin apuro. Creo, por el contrario, que se trata de procesos diferentes y valiosos ambos, pero cada uno a su manera y cada uno con sus propias fortalezas y debilidades. El libro, que como dije arriba es el espejo de la racionalidad moderna, lo es no sólo porque la refleja sino porque contribuye también a moldearla. Por su parte, la racionalidad moderna es el fundamento del mundo económico, político, social y cultural en el que hemos vivido durante los últimos doscientos o más años. El capitalismo hegemónico y el socialismo contra-hegemónico, la división de los poderes del Estado, las sociedades urbanas (o, mejor dicho, la organización urbana de las sociedades) y el ensayo y la novela son todas creaciones de la racionalidad moderna a las cuales el libro acompaña y moldea.

¿Queremos tirar todo eso por la ventana? ¿Queremos que el ciudadano, que es el arquetipo social de la modernidad, así como su proyección en la conducta política, que es el ejercicio de la ciudadanía, desaparezcan? ¿Preferimos, como andan diciendo algunos de esos primitivistas que no parecen haberse enterado de que el primitivismo es también una creación de la cultura moderna, un retorno a la “epistemología ancestral”, a “las posibilidades encubiertas (colonizadas y desprestigiadas como tradicionales, bárbaras, primitivas, místicas, etc.) por la racionalidad moderna?”² De acuerdo, la racionalidad moderna ha producido monstruos: El capitalismo, y el capitalismo desembridado, como el contemporáneo, sin ir más lejos. Pero,

² Walter Mignolo, “La opción decolonial. Un manifiesto”, en Luis G. Mussy y Miguel Valderrama, eds. *Historiografía postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*. Santiago de Chile. Ediciones Universidad Finis Terrae y RIL editores, 2010, pp. 200-201.

¿justifica eso el que se la dé por extinta y, de rebote, que se dé por extinto a su correlato indispensable, el libro? No lo creo yo así, lo he dicho antes y lo repito de nuevo. Los filósofos de Frankfurt postularon hace años que la modernidad ponía en circulación por lo menos dos razones: la instrumental y la emancipadora. ¿Vamos a castigar a la segunda por los pecados de la primera? ¿Vamos a condenar a los libros porque los libros fueron, porque han sido, en algunas ocasiones, instrumentos perversos?

Ahora bien, que existe un pensamiento *otro* que el de la razón, el libro y la lectura es un dato incontrovertible de la causa, y yo soy el primero en admitirlo, así como admito que también constituye un dato incontrovertible de la causa el que a ese pensamiento *otro* se le debe conceder un lugar en nuestras agendas individuales y sociales. La sensibilidad, la imaginación, la oralidad, el diálogo directo, cara a cara y en el lenguaje natural con el prójimo son potencialidades humanas preciosas y de las que no cabe ni es posible deshacerse. Es más: también estoy dispuesto a conceder que la cultura de la razón, el libro y la lectura las ha relegado más de una vez al patio de atrás de la casa, cuando no las ha acusado de promover actividades sospechosas y de las que nada sino el error era dable esperar, con consecuencias de las que después nos hemos lamentado amargamente. Reconocerles el espacio que tales potencialidades tienen en nuestras vidas y los frutos estupendos que suelen derivarse de algunas de ellas no es, por consiguiente, un reclamo superfluo. Cultivarlas con afecto y provecho, tampoco. En alguna medida, eso es lo que hacen las TIC: a la linealidad y la consecutividad del pensamiento lógico, le agregan la simultaneidad y la contigüidad del pensamiento analógico; a la abstracción de la letra, el poderío visualizador de la imagen. El hipertexto, la invención de Vannevar Bush de 1945, que se retomó en los años sesenta y que hoy les da a los tuberculares rizomáticos postmodernos en la vena del gusto, no es otra cosa. Trabajando con un remedo del *collage* vanguardista, el hipertexto rompe con la consecutividad de la escritura al ensamblar contenidos mediante enlaces (*links*) vertiginosos y que remozan de un paraguazo el viejo proyecto de Diderot y D'Alembert. ¿Es eso negativo? Por supuesto que no.

Pero muy de otro orden es tirar el agua de la bañera con la guagua incluida. No me parece entonces que el desafío que estamos enfrentando actualmente los pobladores del planeta, y los latinoamericanos entre ellos, consista en sustituir a unas capacidades por otras, sino en complementarlas y de una manera tal que haga posible que ellas se refuercen mutuamente. Tiremos el agua sucia de la bañera, estoy de acuerdo, pero por favor no nos precipitemos y salvémosle la vida a la guagua. Los añadidos que le está haciendo a nuestra existencia contemporánea eso que algunos llaman la postmodernidad y que para mí no constituye más que una expansión cuantitativa y no cualitativa de la modernidad, no tienen por qué desplazar a y ponerse en el lugar de los logros que otras expansiones análogas alcanzaron a lo largo de los últimos quinientos o más años de nuestra residencia planetaria. Pueden complementarlos y aun corregirlos, si tal es el caso, pero no sustituirlos.

El problema es que si hay en este mundo intelectuales tontos y frívolos, hay políticos y tecnócratas que lo son mucho más. Esos son los que se suben al carro de lo nuevo sin medir los alcances de lo que hacen, sólo porque ése es el carro que en ese momento está pasando por delante de su nariz y el que mejores dividendos les entrega. Escuchan ellos a tipos como Jesús Martín Barbero y Walter Mignolo (o aun peores, como al Nicholas Negroponte de *Being Digital*) y concluyen que el libro ha muerto, que las bibliotecas son antiguallas arqueológicas y que lo que los niños necesitan para su buena educación son computadores y sitios de internet (si es que no el retorno con la cola entre las piernas a los tambores ancestrales). Sí, es cierto, los niños necesitan computadores y sitios de internet, pero también necesitan libros y bibliotecas. Necesitan leer, porque leer, y hacerlo en las páginas del libro y no en la pantalla del computador, es relacionarse con un objeto concreto, es acceder al discurso desde una materialidad que pesa en las manos, que es tangible y asible (Bernardo Subercaseaux se ha referido también a la dignidad del “soporte” o del “cuerpo” libro, una dignidad que no sólo es estética, añado yo) y poniendo así en acción atributos humanos que son y seguirán siendo esenciales. Si es efectivo lo que asegura Roger Chartier, que la revolución de las TIC es triple, “una revolución de la modalidad técnica de reproducción de lo escrito, una revolución de la percepción de las entidades textuales y una revolución de las estructuras y formas más

fundamentales de los soportes de la cultura escrita”,³ la tentación de poner todos los huevos en esa única canasta no puede ser más grande. El catalán Román Gubern ha hablado por su parte de la “pantallización” de la sociedad contemporánea, la de “la televisión, las computadoras, los videojuegos, el teléfono celular, el GPS, el radar, los cajeros automáticos y los centros de videovigilancia”,⁴ y no cabe duda de que el libro está siendo una presa también de esa misma marejada. Pero frente a eso, nuestra obligación es la de no ser ingenuos, la de darnos cuenta de lo que aquello involucra y que es o puede ser letal. Estoy insistiendo así en los serios riesgos que conlleva el reemplazo de una cosa por otra. O, mejor dicho, en los serios riesgos que involucra ganar una cosa pero al precio de una defenestración irresponsable de la otra. Porque lo que se está perdiendo con esa maniobra puede que se esté perdiendo para nunca jamás. Aludo ni más ni menos que a la capacidad de pensar, a la capacidad que los humanos tenemos para incorporar en nuestras conciencias los datos de la realidad y para construir argumentos basándonos en ellos, lo que se produce cuando vinculamos a unas proposiciones con otras, inferimos conclusiones lógicas y adoptamos, a partir de esas conclusiones, decisiones fundadas. Esto, precisamente, es lo que nos está faltando hoy a los chilenos.

Nuestra pobreza ciudadana arranca de ahí y, como también lo he expuesto en otros sitios, es en todo congruente con el nivel de maduración que ha alcanzado la reactivación neoliberal y globalizante del capitalismo que en Chile se viene implementando desde los tiempos de Augusto Pinochet. Esa misma que los gobiernos dizque democráticos de la post-dictadura no sólo no cambiaron sino que profundizaron. El capitalismo, que según le escucho al actual presidente de la República debiera llevarnos hasta el desarrollo en el 2018 (¿qué clase de desarrollo? En un país cuyas exportaciones son de un solo producto en más de un cincuenta por ciento, estamos todos expectantes..., no es sólo un sistema económico sino un sistema de vida. Por lo mismo, la maduración del régimen económico chileno funciona, tiene que funcionar, en una estrecha asociación con su correlato cultural respectivo o, mejor dicho, a través de una asociación que apuesta a la legitimidad tanto como a la perpetuación del sistema gracias a un fortalecimiento de los peores de esos correlatos. Una de las últimas medidas adoptadas por el Congreso Nacional chileno fue el establecimiento de la inscripción electoral automática y el voto voluntario. Todavía no se han visto los resultados concretos de esa medida, pero es posible preverlos. La encuesta CEP, a la que me referí al comienzo de este artículo, esa que habla de un 49% de ciudadanos chilenos que no leen noticias sobre política, nos informa en otro de sus apartados que sólo un 50% de la población con derecho a hacerlo tiene intenciones de votar. Pongamos una cosa junto a la otra. Una población dentro la cual la mayor parte no lee, que por cierto es la de los sectores más pobres de la sociedad, tiene como consecuencia inevitable una elitización de la política. Votan o votarán en el futuro en Chile los que leen, es decir el cincuenta por ciento más o menos informado.

Cabe entonces preguntarse si no estamos hoy frente a un relanzamiento de mismo espíritu conservador que consiguió que la Ley de Instrucción Pública Obligatoria no se aprobase en Chile sino muchos años después de que hubiera sido propuesta o de que países vecinos, menos rústicos que el nuestro, la hubiesen adoptado. Esto significa que tenemos derecho a preguntarnos si lo que creen hoy en Chile los dueños del poder es que un pueblo mejor educado va a dejar de ser el pueblo dócilmente trabajador que ellos desean. Porque lo que esas personas parecen tener en su cabeza es una sociedad compuesta por gente que manda y por gente que obedece, la primera habiendo sido educada hasta el máximo de sus potencialidades para los fines superiores que Dios o el destino le fijaron (de preferencia con el *finishing touch* de alguna universidad estadounidense de campanillas...), y la segunda sólo en el mínimo necesario, o sea, habiendo sido educada sólo para los fines inferiores que Dios o el destino les asignó (en la mala escuela municipal de su barrio...). Y lo demás..., bueno, de lo demás que se ocupe la televisión.

O sea, que de lo demás se ocupe la superficialización, la banalización, el envilecimiento sin tasa ni medida de las conciencias de las personas que reemplazaron el libro por la caja idiota, que es, que ha sido entre nosotros la estrategia predilecta de las políticas culturales durante los

³ Roger Chartier, *¿La muerte del libro?* Santiago de Chile, LOM, 2010, p. 28.

⁴ Román Gubern, *Metamorfosis de la lectura*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 94.

últimos veintitantos años. Poca política y mucha farándula, ésta parece ser la norma entre quienes están a cargo del asunto. Se entiende que, en medio de este mundo al revés, el ataque contra el libro sea un elemento central. ¿Cómo se explica si no la mantención en Chile de un impuesto al valor agregado (IVA) del 19%, superior al que los libros tienen en Argentina (0%), en Brasil (0%) y en México (0%), e inclusive superior al que este mismo impuesto tiene en los países capitalistas del centro del mundo, como pudieran serlo Estados Unidos (7%) y la mayoría de los europeos, desde el más alto Finlandia (8%), a los más bajos, Inglaterra e Irlanda (0%)? El cacareo en torno a la “muerte del libro” no es o no es siempre inocente. Cacarean sobre todo aquellos para quienes es de la mayor conveniencia la neutralización del mejor instrumento crítico que la modernidad imaginó.

Por eso, yo afirmo que cambiar el libro por las TIC ni es imperativo ni es bueno. Porque leer libros *tiene virtudes propias que nuestro trato con las TIC no tiene*. Podemos esgrimir para defender este aserto el voluntarismo romántico de Umberto Eco, para quien el libro es “como la rueda, una especie de perfección insuperable de nuestra imaginación”,⁵ o razones pragmáticas y más livianas, como la del citado Gubern, quien echa mano de la “ley de uso y gratificaciones de los medios”, que es la que habría permitido (por ejemplo) que la radio sobreviviera a la televisión. ¿Por qué no puede esa misma ley hacer que sobreviva el libro *codex* al *e-book*?, se pregunta.⁶ Es decididamente más placentero compulsar un libro que hacerle cariños a un computador, ni falta que hace decirlo.

Pero no son ésas las razones sobre las cuales a mí me interesa poner el acento en este artículo. Estimo, en definitiva, que leer libros, y leerlos bien, equivale, como decía Sor Juana, a “ser más en el ser”. Equivale a estar en posesión de la capacidad para pensar bien, esto es, para pensar demorada, profunda y ojalá críticamente, concentrando nuestra atención, uniendo e infiriendo como las TIC no lo hacen ni podrán hacerlo jamás, con el propósito de construir de ese modo totalidades con sentido que nos convierten a nosotros y al mundo en que vivimos en entes tolerables y, si es que hacemos buen uso de lo poco o mucho que habremos aprendido en los libros, tal vez mejores. Cuando la irracionalidad se adueña de la historia contemporánea (piénsese en los bombardeos en el Medio Oriente o en el desastre nuclear japonés), reflexionar con lucidez, escribir y leer libros con eficacia y claridad, se torna en una destreza que necesitamos cada vez más, y cada vez más desesperadamente.

⁵ Jean-Claude Carrière y Umberto Eco, *Nadie acabará con los libros*. Entrevistas realizadas por Jean Philippe de Tonnac, trad. de Helena Lozano Miralles, Barcelona, Random House Mondadori, 2010.

⁶ *Ibid.*, 123.

BIBLIOGRAFÍA

CARRIÈRE Jean-Claude y Umberto ECO (2010). *Nadie acabará con los libros* (entrevistas por Jean-Philippe de Tonnac; trad. Helena Lozano Miralles), Barcelona, Random House Mondadori.

CHARTIER, Roger (2010). *¿La muerte del libro?*, Santiago de Chile, LOM.

GUBERN, Román (2010). *Metamorfosis de la lectura*, Barcelona, Anagrama.

MIGNOLO, Walter (2010). “La opción decolonial. Un manifiesto”, en Luis G. Mussy y Miguel Valderrama, eds. *Historiografía postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae y RIL editores.